notas

discurso a la nación europea

XVII Y ULTIMO

Cautelosamente resume David Ogg, en el capítulo final de su obra, la doctrina de Grotius. En la España en que la derrota era un trofeo leyó una sibila de los caminos la suerte del príncipe de las letras, no en las rayas de su mano y sí en los surcos de su frente. En los surcos del pensamiento, más que en las rayas, deletreó Grotius el mañana de Europa, que es ayer para nosotros. "El holandés—escribe David Ogg—es ante todo humanitario. Profesa que la justicia y que la clemencia deben colaborar en la guerra con el derecho; que la legislación criminal debe ser penal y no vindicativa; que los pueblos deben gozar de una plena libertad territorial, y que, con algunas salvedades, la libertad de conciencia debe ser respetada. Aunque la continuación de la Historia haya demostrado que la guerra no ha de ajustarse nunca a normas jurídicas y que hay mucho de cierto en el sarcasmo de Treitschke cuando advierte que los defensores del derecho internacional son representantes de pequeñas naciones, no se puede menos de guardar reconocimiento a Grotius por haber presentado al menos una alternativa a la teoría de Hobles y de Spinoza, según la cual la fuerza es la medida exacta del derecho y la moral no interviene ni en la política interior de los Estados ni en sus relaciones recíprocas."

"Las naciones que no se entredevoran—había dicho, antes que Treitschke, el sagitario más temible de 1820, Pablo Luis Courier, el del "Libelo de los libelos", el "liberal entre liberales"—no son grandes naciones aún." Coexisten en Courier talentos muy distintos. Es ante todo este libelista un literato sin tacha. Traduce a su idioma trasparentemente fragmentos de Herodoto, el libro sobre la caballería de Jenofonte, algunas "vidas paralelas" de Plutarco y la pastoral de Longo, "Dafnis y Cloe". En su carta a Renouard librero, Pablo Luis escribe con orgullo que ríe más que desafía: "En este siglo de triunfos y de luces no hay dos hombres seguros de legar su apellido. En cuanto a mí, en tanto se lea griego habrá cuatro o cinco helenistas que sabrán que he existido." En campaña bajo el Imperio, sea en el Rhin, sea en el frente italiano, traduce sobre un tambor entre dos escaramuzas parte de la "Odisea". Ha aprendido en estos traslados que en el idioma griego la gracia nace de la virtud ya madura, y es, no el fruto de la flor, sino la flor del fruto. Courier es un clásico porque redacta limpiamente su sumulto y se sojuzga a sí mismo y somete el fondo indócil a la forma por la que hace resbalar la luz de los cielos áticos. Como polemista, a nadie cede en agilidad ni en denuedo. La iniquidad, aunque busque asilo entre las potestades de la tierra, tiene enfrente al sagitario. Sobre la doblez, sobre la delación palaciega, sobre la autoridad de frente de toro, caen los dardos de luz del escritor. La prosa de Pablo Luis, en alegatos, diatribas o quejas, está acerada a temple de espadero. En el "Placet, a su excelencia el señor ministro" encontramos un período que caracteriza el juego del escritor: "Cada vez que soy robado—dice—, pago daños y perjuicios. Si se me golpeara, abonaría la multa. Se me conmina ahora con quemarme; si esto ocurre, se me condenará a la pena de los incendiarios. No es que se me odie en el país, pues vivo solo y sin relación ni mezcla con nadie. Todo lo que se hace se hace por agradar al señor alcalde y a los señores jueces, al señor procurador del Rey, al señor prefecto, gentes que jamás he visto y cuyos nombres ignoro." Este es el tono de sus querellas (así las llama él mismo), como aquella "Messieurs, je suis tourangeau...": "Soy turenés, habito Luymes, en la orilla derecha del Loire, lugar antaño considerable, al que la revocación del edicto de Nantes redujo a mil moradores, y al que se va a reducir a la nada con nuevas persecuciones si vuestra prudencia no lus cohibe", etc.; como su instancia en nombre de los lugareños, a los que se impide bailar, no al son de cornamusa, sino de violín libertino; como su librillo de Paul Louis vendimiador, en el

que se afecta la ingenuidad terrible del rústico; como "La conversación con la condesa de Albany", que es su obra perfecta. Hace poco por cierto fué reimpresa esta obra, con un prefacio en el que se nos ruega que no tomemos contra la paradoja de Courier el enojoso partido del sentido común. El refrán es la copla sin alas, el romance mutilado. El buen sentido arrefrana la inteligencia, le marchita el vuelo y le amputa el halo... La paradoja es conocida. Pablo Luis Courier traza el reverso del héroe de la epopeya, el "dessous" de sus conquistas. Pone a las potencias del azar, a los hados por encima del arte de la guerra. Esta conjetura no daña empero a la estrategia en sus fines mediatos. El genio militar no se contrasta siempre en la victoria, ya que Aníbal o Napoleón acabaron vencidos. La obra maestra de Napoleón, según los especialistas, es la campaña de 1812 (Champeaubert y Montmirail), que conduce a los adioses de Fontainebleau y la toma de París por los aliados.

Con todo, este coloquio en casa de la condesa de Albany es la cima más señera de la creación de Pablo Luis Courier. "No olvidemos—se ha dicho como un reproche—que Courier es militar." Si lo es, pero de una cierta fantasía, pues abandona de tarde en tarde, "sin crisis pación de conciencia", sus campamentos napoleónicos, y entre otros, el de Wagram. Ver matarse los hombres en rebaños humilla su condición de hombre libre. Presiente el libelista su tragedia final. "Pablo Luis—se anuncia—, los cagotes te matarán." No los cagotes y sí un campesino con sangre de Caín le asesina en el lugar Chêne Pendu. Poco antes, les ha contado a los señores de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras: "Je vois s'accomplir cette prediction qui me fait autrefois mon père. Tu ne seras jamais rien." Fué el mejor libelista y el primer liberal de su tiempo. Se batió por el derecho de gentes, aunque recataba su fe con sarcasmos marciales.

"Las naciones que no se entredevoran no son grandes naciones aún..." Grita Courier esta verdad, pero la grita partiendo en guerra contra los poderes que la han fraguado. Que este reto cierre el "Discurso a la nación europea", en la que el duelo entre la libertad y la autoridad se ha oteado tantas veces en las perspectivas del tiempo.

Norma es la libertad y también arma. Como norma regirá a las sociedades que aman la jerarquía y piden a sus élites la magnanimidad tanto como el deber difícil. Como arma, se ha anticuado irreparablemente, y más doloroso que combatir contra ella nos es no poder combatir con ella. Croce nos conforta desde Nápoles diciéndonos:

"No. La libertad es una categoría eterna que resurge de sus ocasos." Quizá... Dios nos dé en el pan de cada día levadura de ansiedad. El nos agite y nos ahorre la paz del pantano. Cristo, desde el Evangelio, nos da la voz de eternidad de que nuestra avidez no se sacia. "Noli te arbitrari quia pacem venerim mittere in terram non veni pacem mittere, sed gladiam..." ("No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz, sino espada...")

Pedro MOURLANE MICHELENA

LOS LIBROS

¿genovés o armenio?

un monumento tipográfico a la italianidad de colón

Nacido en Génova o en Savona, en Cataluña, en Francia, en Galicia; sea griego, danés, suizo o armenio, Cristóbal Colón pertenece a la Humanidad. Una reivindicación demasiado estrecha para tal o cual ciudad ha de parecer prurito tan excesivo como negar la evidencia de sus orígenes genoveses; los humoristas de la Historia pecan en el caso del almirante del Rey de Castilla tanto como los forzudos de la erudición. La magnitud de la figura de Jesucristo no se disminuye porque no fuese alemán, como lo quería cierto sabio indiscreto, y si un humilde proletario de Galilea. Que Cristóbal Colón fuese hijo de unos laneros genoveses no es menos honor que si, en efecto, como él lo decía con una vanidad inocente y disculpable, contase con varios almirantes en su familia.

Tienen razón los genoveses de hoy y de todos los tiempos para enorgullecerse por el hecho de que el descubridor hubiera nacido en su ciudad. Los españoles no la tienen menos al sentirse orgullosos de que el descubrimiento pudiera haberse llevado a cabo merced a la política española. Otra cosa es pueril. Así, pues, dése a Italia la gloria de Cristóforo Colombo y a España la de Cristóbal Colón.

Los buscadores de escondrijos en la Historia causan, sin embargo, grandes pesadumbres a los espíritus timoratos. La magnitud del descubrimiento de América ha suscitado críticas livianas que intentan demostrar cómo el Nuevo Continente era ya conocido por las gentes del danés Erik el Rojo, o quizá de algún ballenero vasco, acaso por japoneses y coreanos, en fin, por los habitantes de la Atlántida. Mientras los archivos de la Atlántida no suministren mejores comprobantes, atengámonos a la luz que Génova, Simancas, Madrid y Sevilla, entre los principales, derraman, y cuando algún camarrupa erudito nos guiñe el ojo ofreciéndonos el maligno grimorio por el que resulte que Colón fué árabe, mongol o cubano, aceptémoslo sin enfado, porque una broma merece ser atendida cuanto más sutil es.

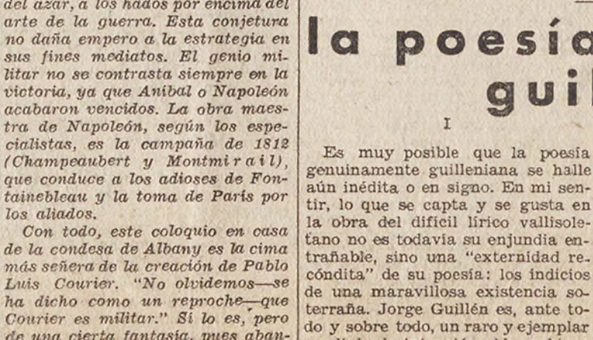
Parece, sin embargo, que la noble ciudad de Génova se haya levantado un día enojada por el rumorcillo de esos arroyuelos que en nada pueden turbar la majestad de su certidumbre. Y consecuentemente decidió levantar en materia tipográfica el más opulento mausoleo a la gloria genovesa de Cristóbal Colón. La ciudad de Génova no estaba contenta con guardar en su Palacio Municipal el arca de las cenizas de Colón y de exhibirla al público todos los 12 de octubre. Ni tampoco con mostrar al viajero curioso las piedras sagradas de la que fué casa natal de Cristóbal, cerca del Vico del Ponticello, tras del actual Palacio de Comunicaciones, y rodeada de hiedra en abundancia. La ciudad de Génova posee además cantidad de viejos manuscritos que atestiguan con una energía de toques de trompeta el nacimiento, la juventud, tres generaciones familiares de Cristóbal Colón, aprendiz lanero y almirante del Rey de Castilla. Magníficos documentos que el Palacio Municipal guarda celosamente cerca del violín de Paganini, otra gloria genovesa, como Mazzini o Garibaldi. Y del joven Balilla, David de nuestros días.

Las facecias que algunos eruditos se han permitido sobre la patria natural de Colón tienen una excusa: la oscuridad que ya él mismo, y después su hijo Fernando, arrojaron sobre su origen humilde, sobre la condición artesana de la familia, y que después enmarañaron sus sucesores una vez extinguida la rama directa y pasar la herencia a las colaterales. Sin acusar a Colón de una vanidad que seguramente no tuvo, es comprensible que en el medio social en que se movía sintiese robustecida su autoridad atribuyéndose preclaros orígenes. Verdaderamente, todo lo que Colón dijo no fué sino que "no era el primer almirante de la familia"; pero sobre esta piedra se levantaron ingentes catedrales, llegando hasta decirse en tiempos de sus nietos que descendían de sangre real. Es el cuento de la gallina que se arrancó una pluma por broma, en el cuento de Andersen. Queda luego otra cosa en pie, sobre la cual no se dice palabra en el monumental volumen editado por la ciudad de Génova, y es lo que se refiere al supuesto tinte israelita en la genealogía de Colón y del deseo de éste de disipar toda sospecha. Sobre este punto, los eruditos podrían darnos datos interesantes, ya que el diezmo que Colón dejó en herencia para ayudar a la conquista de Jerusalén (en cierto Banco genovés de secular fama) no dice nada por sí mismo.

La importancia del descubrimiento de América no fué apreciada en los primeros años con toda la trascendencia que sólo le dió la importación de la cultura española a aquellos países. Antes de morir, Colón había vuelto al silencio y a la oscuridad, caso común a todos los descubridores. Cuando un siglo más tarde su figura creció en la imaginación de admiradores y herederos, se le rodeó, por fenómeno natural, de todo género de excelencias: de linaje, de sabiduría, de señorío.

Empezaron a cundir las historias basadas en narraciones más o menos falseadas. Los documentos originales yacían en polvo y oscuridad. Si los que se encontraban a mano eran poco favorables, se los ignoraba. El mito surgía, y con él, el cortejo de panegiristas o detractores, los historiadores de derechas y de izquierdas, los antagonistas y los partidarios de escribir la Historia a medida de su criterio. No pasó mucho tiempo sin que todo se enredase, de tal manera, que el libro gigante editado [illegible] viene a ser como ese grito de Don Basilio en "Il barbiere di Seviglia" cuando rompe el enjambre de explicaciones con un monumental "¡Non son sordo!"

Lo que realmente hacen la ciudad de Génova y los escritores que ocultan modestamente su sabiduría bajo la capa matricia es precisamente lo contrario: es decir al mundo entero a trompetazo documental: "¡No os hagáis los sordos!" Ved la suma de documentos probaticios de la estirpe artesana de Colón, de su abuelo, su padre y sus hermanos, sastres, laneros, tejedores, cardadores. De él mismo, navegante de comercio al mando de genoveses, que llevaba lanas y azúcares hasta las islas de Madera y por tierras de Portugal, donde radicó varios años, casándose y teniendo hijos. Y aprendiendo de viva voz lo que se sabía del mar de Occidente, lo que se contaba, las artes de navegación que se practicaban, la seguridad de que se podía arribar a tierras felices



lecturas

la poesía de jorje guillén

I

Es muy posible que la poesía genuinamente guilleniana se halle aún inédita o en signo. En mi sentir, lo que se capta y se gusta en la obra del difícil lírico vallisoletano no es todavía su enjundia entrañable, sino una "externidad recóndita" de su poesía: los indicios de una maravillosa existencia soterraña. Jorge Guillén es, ante todo y sobre todo, un raro y ejemplar prodigio de intención. Ahora bien: de arduas intenciones óptimas está empedrado el infierno lírico de Guillén. Si la comezón exegética de la crítica al uso no fuera tan liviana, algo sabríamos ya de esos conatos infelices y de tal o cual consecución sin reproche, suprema, con categoría de dechado. Guillén, poeta que "no dice", sólo insinúa, y jamás directamente, el colmo de irrealidad que su sensibilidad poética atrapa. Este quizá sea su más arduo secreto. Y la gracia inmarcesible de su poesía. Porque a Guillén le nace la verdad poética, como un asombro, de su fervorosa, nemorosa y morosa degustación idiomática:

Albor. El horizonte
entreabre sus pestañas
y empieza a ver. ¡Qué! Nombres.
Están sobre la pátina
de las cosas. La rosa
se llama todavía
hoy rosa, y la memoria
de su tránsito, prisa.

En este ejemplo, lo que Guillén insinúa y lo que el lector presupone coinciden en una línea de felicidad estética... suficiente; pero a lo mejor—a lo peor—esta línea de coincidencia no es aún el camino auténtico, único, por donde avanzan con tenuidad y a merced de una concorde rencilla inefable el poeta y su numen.

El autor de "Cántico" se traiciona a las veces en esa enconada búsqueda de intrasferible irrealidad que es su oficio. Cuando se desase en absoluto de su impresión normal, de hombre, y no acierta a sustituirla por esa realidad superior, de poeta, y de pauta sin pauta, que es la suya feliz, el derrumbe es catastrófico. Los fiascos de Guillén son más inadmisibles, más empachosos y enojosos, que la pampirolada más insigne del más estulto e inhábil rimador. Este Guillén, que no es Guillén, es justamente la cantera que explotan todos sus condenados—sin excepción—, imitadores y discípulos.

El lenguaje o cántico de Jorge Guillén aletea en torno a la expresión exacta y se corrobora de ambientes imposibles. Una nueva categoría de existencia se descubre ante nuestro espíritu. Cuando Guillén dice, por ejemplo, "¡La tarde es tan alta!", el lector asiste a la creación irreal de la tarde, que no se corporiza, que no se hace tangible ni usadera, sino que aspira a ser y que se logra como consideración abstracta de esbeltez y de altitud, y que se da, no a la vista o al tacto, sino al espíritu, y con la suprema calidad de presunción o suspicacia poética, por donde lo exacto y objetivo de la tarde se somete al yugo de lo irreal y lo completa y exalta.

De los poemas perfectos que haya escrito Guillén—hay quien sólo concede perfección absoluta a uno de sus romances, el titulado "Ardor", que publicó en pliego suelto Manuel Altolaguirre—no he de hablar aquí, porque, en el fondo, tratándose de Guillén, la perfección íntegra del poema íntegro ni la estimo esencial ni me interesa. Guillén puede tentalear en torno del [illegible] en el afán y ángor de la búsqueda y puede demorarse por regodeo o negligencia tras el hallazgo; pero siempre descubre, como por arte de birlibirloque, al principio o al fin, la veta purísima del filón más profundo. Poeta, pues, y poeta no fragmentario, sino total, sus aciertos parciales son de tal índole, que consiguen de por sí y para sí contenido y continente de unidad sin reproche:

Sol. Activa persiana:
laten sombras. (¿Quién entra?...)
Huyen. Soy yo: pisadas.

(¡Oh, con palpitación
de párpado, persiana
de soledad o amor!)

Quiero lo trasparente.
También las sombras quiero,
trasparentes y alegres.

(¡Las sombras, tan esquivas,
soñaban con la palma
de la mano en caricia!)

¡Tal vez mi mano!... Pero
no, no puede. ¡Las sombras
son intangibles!: sueños.

Juan José DOMENCHINA

prosa inédita

(Muertos trasparentes.)

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

BECQUER tiende una mano, se echa en el redondo vendaval y sale de la gran madreselva, su momentáneo refugio del súbito chaparrón tronador de mayo, instante grato de suave penumbra olorida para su desesperanza. Tembloroso, cianótico, tosedor, cogiéndose al mismo tiempo contra la ola alta su inquieto sombrero de copa, envuelve, lucha difícil, en la capa corta que le tapa apenas la friolencia del minuto de entretiempo verde y ciclón, polvo y gota, el arpa irreal. ¿La raptó entonces aquella mañana en el ángulo oscuro del salón, llenas sus cuerdas desnudas, como el almendro de flor, de alas dormidas? ¿Dónde se la lleva a abrir sus notas? ¡Qué confusión: madreselva, ahogo, entretiempo, mujer, escalofrío, ideal, arpa! Arpa o mujer, cuerda o brazo, sueño, todo el amor intangible:

(Sellando con un beso su traición.)

Tiene clavado en el centro del alma en plaza un eco, y le va doliendo como una espina ampliada de naranjo, angina de pecho insoportable, que no mata acaso la primera vez. Para acompasar tan encenado dolor y ver si lo echa al mar por el río de su sangre, su corazón, redoblante velado, redobla más aún su segundo tono aórtico, que le da a su oído total, del talón a la sien, bajo el nubarrón de asfixia, ese asonante suyo agudo, sordo, refuerzo del segundo tono poético, plomada de oscuro corazón hipertrofiado. ¡Ansia caída, en definitiva descompensación, contra los vuelos blanco, malva, oro de la fantasía! Y con ese asonante cordial cambia, hace suyo, eterniza, porque es vida, es acento, el verso español de su hora:

(Hoy llega al fondo de mi alma el sol.)

Alrededor de Bécquer, como la suma flor ideal, amarilla y plata, entre pájaros que la coronan, todos unidos, el ardiente pico piador a ella, vuela la RIMA, ente vulgar en tantos, antes y después, único, auténtico en él, como es sólo su asonante duro y gris. Son, RIMA, ya no podrán en muchos años usarse en España sin que vuelvan de Bécquer. Son, RIMA, RIMA, Son. RIMA, la RIMA de pecho negro y blanco, guarecida en el escudo del pórtico, en la tumba de piedra, en el muro del convento, en el balcón cerrado con el poniente sevillano, verde y rosa de agua y sol, en su cristal. El Son del corazón, la RIMA golondrina. (Mejor romanticismo, recóndito, exacto, ceñido, en los ambientes fatales de la época.) La RIMA breve. Bécquer, el hondo Son.

Juan Ramón JIMENEZ

FOLLETONES DE "EL SOL" — JUNIO DE 1933

RETABLOS IBERICOS

GIJON: RESURRECCION DE LA RULA VIEJA DEL MAR

POR EUGENIO NOEL

La luz no existe hasta que se trasforma en sensación.
EXACTA IDEA DE LA VISIÓN.

¿Por qué preocupó siempre más el paisaje que el hombre en el mar, o la mar, como gustan en acepción femenina los mareantes nombrarle, quién sabe si por la belleza o por el peligro o, esmaltado en la sonrisa azul de la Odysea, por el peligro de su belleza? ¿Y por qué la mar ha tenido pintores y poetas enormes, y hasta su Quijote en "Os Lusiadas", de Camoens, y escultores nunca? Por dos veces todo un pueblo de dioses surgió de las ondas, la Grecia de la Iliada y la España del Descubrimiento, y hasta países enteros, como Inglaterra y Holanda, no acertaron a fijar y colorear su carácter nacional sino encarnando su intimidad heroica en la fuente de acción perpetua de las olas; Turner entraña toda la constancia del "Rule, Britannia, rule the wawes", del himno de su raza; entre el viejo Vroom y el noble Jacob Ruysdaël se desplaza, en una maravillosa juventud, el alma marina de los hombres capaces hoy de cegar el Zuiderzèe como lo fueran ayer de soñar en las playas de Scheveningue. Asimismo el "Mi country tis of thee sweet land of Liberty" de los norteamericanos suena dulcemente en el caracol marino de Harrison y de Winslow Komer; el propio "Uber alle in der Welt" alemán, deshecho en una hecatombe de ambición y tristeza, canta en los tritones, sirenas e hipocampos de la mitología abismal de Boecklin. Pero el impulso humano se desvanece en el ímpetu del mar, y el artista, aparte meditaciones de melancolía inefable, parece no haber conseguido jamás otra recompensa que aquella que, en versos de ilimitada calma de agua como las olas de los cuadros de Alquist, descubre Paul Valéry: mirar fija en su esfuerzo la serenidad de los dioses...

Y apartando del espíritu inquieto estos tumultos ingenuos, más bien silencios, volvemos a hundir los ojos en la contemplación de una obra hechicera que el mar ha ofrendado a un artífice asturiano—"asthur scrutator pallidus auri"—de voluntad semejante en fuerza y colorido a esos matices con que los glauconios, el percloruro, sulfuros e hidrosilicatos de hierro producen los tonos azules, violetas, asalmonados—ámbar, coral y plata—, de los lodos del mar, y con los que el imaginero hispano ha espolvoreado, espumándolos de las aguas, en deliciosa encarnadura los dos centenares de seres humanos que os miran desde el retablo con la picardía salada de la gente pesquera.

El mar, infranqueable a nuestro sentido de creación plástica de otra forma que en atención y deslumbramiento puros, es propicio en los puertos de refugio y en los veriles de sus costas a una humanización de su energía irreductible, y una de esas escenas anfibias, de seducción profunda, puesto que el Océano fué y es aún el medio orgánico de nuestro plasma, nos intentemos desencantar o no de su atracción, está delante de nosotros resucitando, en el corazón de la ciudad, una vieja Rula del perfil marítimo de nuestra España, fruto y gloria del mar ella misma.

¡Qué tremenda y encantada cosa es una Rula... en esos bellísimos puertos de nuestro Noroeste, que contornan el derrotero de los navegantes como los ojos de las cenefas libres de una ostra jacobea en reposo sobre sus estatolitos! De estos cien ojos, el ánimo viajero recuerda dos, puestos en su risa e interés: el barrio marinero del Berbés, en Vigo, y esta Rula vieja de Gijón.

Una Rula no es un tinglado o pontón de madera donde se merca, sortea o vocea en rueda de pujas pesca recién volcada de lanchones, botes, traineras o esos barcos romos, de proa encapotada como frente de charrán, y que por navegar de conserva, apareados, suelen andar casi siempre mal avenidos; es más bien, pese a su apariencia de sala arrabalera de contratación, la sentina o sollado de una veterana barcaza varada en la rampa de un desembarcadero, puente podrido de algún inútil casco invertido de navío andariego, dentro de cuyas cuadernas pochas se enraciman las más disparatas e imprevistas ocurrencias que pueden asirse al husmeo de gentes de tierra adentro. Las puertas son escotillas, y los respiraderos o ventanos, imbornales por donde se bombea a la rada y barrio de los pescadores, frases y sucesos aderezados con los ingredientes que maceran las calderetas marineras bien mariscadas y a sazón de pimienta, morrón machado, cebolla picada, ajos por ristras y guindillas por horcas. Una cosa es pescador, una muy otra pescadero; ser margato o maragato voceras no significa ribereño o costero; ser marino no es ser hombre de mar o pesquero de altura o enrolado de tripulación y compango: pero rulero, y sobre todo rulera, es formar entre los hijos del mar rancho aparte, séase mediero o pujante, arrumbador o corredero. No se parecen a nada ni entre los suyos. Por miedo probablemente, y nada más que por miedo, nadie todavía se arriesgara a estudiar en vivo, no "in vitro", la picaresca del mar—si miel de sol, hiel de sal—, y junto a la que los birlochos y mistongos de la picaresca terrera son humo... de combustión de petróleo y brisote los aires de los bajos fondos de una plaza de abastos. ¡Qué lengua!... Bable, no; ¡Babel!... Estos trabajadores "huguescos", más bien "los charlatanes del mar", buenazos hasta ser como el intestino del pecte, que atraviesa la musculatura del corazón y se apoya en él, son capaces con su genio mordaz de poner al rojo de un día gallego de "purga do mar" el natural humorismo asturiano, ácido como la sidra rubia del espiche de una bota en el chigre.

Como en los cuadros del Greco, el candiota sea sordo, la Rula de Gijón tiene en su realidad de Cimadevilla y en el retablo de Sebastián Miranda, social y espiritualmente diferenciados su abajo y su arriba, su "gloria" de balconcillos y crucetas, su "zócalo" de seroncillos y armines; no porque "arriba" se repartan cantelos o pan del "tchoru" a las mozas, o se beba en tariegues bien espalmados y crie cardenillo la fauna y flora o "bentos" humano de abajo como los quesos de Cabrales; ni arriba ni abajo se asiste al reparto de la garulla en una esfoyaza o buscarán los rapaces en la polavila de las mozas las castañas de la faltriquera. Nada de altana de chigre y pujos de señorío; allí, en esa urca hay trabajo y hay dinero, oferta y demanda, como hay farrapes o puches y fabada de lacón. El mar no rasa las castas; los que le aman o le necesitan saben a su costa que en ninguna parte como en el mar se valorizan más el dinero y la sangre.

Pero en ninguna parte tampoco recrea los sentidos mayor diversidad de tipos, tan prodigiosa riqueza de almas y rostros. Entre la cara arrugada como un mayuque o castaña pilonga y la faz suave como un "bollu" o la rosa de cera de los acuarios, ¡qué variedad de líneas, colores y masas! Viejas jóvenes, rapazucos, ¡qué espléndida generosidad marina de gestos y de formas!... No es apasionamiento culterano involucrar metabolismos y acudir a la fuerza creadora del mar para justificar ese derroche encantador de seres. La ilusión barroca es más penetrante cuando del retablo se les traslada a la Rula viva entre los olores de las criaturas que los capachos arrojan o contienen a mitad por el Oeste. Quizá las Indias, pródigas en especias, en raíces y cortezas medicinales, en riquezas de otra índole que constituían el gran comercio por Oriente.

Luego vino el genio político y combinatorio de Colón, que halló su medida al encontrarse con el que caracterizaba a los Monarcas de Aragón y Castilla. Después, unas islas; luego, inmensas tierras firmes; en seguida, un nuevo continente; dos; un mundo nuevo; la Historia Moderna surge del Atlántico.

El "Cristóforo Colombo" que edita la ciudad de Génova bajo la presidencia de su "podestà", el senador Eugenio Broccardi, con trece colaboradores, consiste en un hermoso infolio de 288 páginas e infinidad de fotografías de los textos [illegible] provienen de ventiséis archivos. Estas reproducciones, a su tamaño natural y fuera de texto, son preciosas y equivalen a tener a la vista los documentos originales. Se añaden dos vistas de Génova y de la villa de Savona, adonde la familia de Colón se trasladó algún tiempo después de nacer éste y sus hermanos, así como un retrato del almirante existente en la Galería Gioviana de Como, y que parece ser el que tiene más garantías de autenticidad.

Para comprender el valor documental de la obra se hace indispensable resumir su contenido, lo que hacemos de la siguiente manera abreviada: el senador Broccardi expone en un prólogo las razones que han motivado la obra, y que quedan expuestas, indicando el proceso de la confusión de los orígenes del almirante y de su familia, sin entrar en otro género de aspectos de la vida, cultura y descubrimientos de Colón. Es exclusivamente una obra donde se exponen, con una claridad que sólo podrán discutir los muy entendidos, los orígenes, época y sitio del nacimiento, profesión de sus familiares, hasta la ausencia de Colón y sus dos hermanos para asentarse en nuestra Península; testimonios de sus contemporáneos y testimonios del propio Colón afirmando su calidad de genovés.

La primera parte del libro contiene una copiosísima colección de los testimonios de escritores extranjeros (españoles en su gran mayoría), de italianos no ligures y de escritores ligures, a más de una correspondencia diplomática. La segunda parte comprende las actas notariales y otras atestaciones del Gobierno genovés, donde se muestra la genealogía, origen y año del nacimiento de Colón, cambio de residencia, regreso a Génova del padre y del hermano, actas probatorias de la identidad del Colombo genovés con el descubridor de América, principalmente por la identidad del padre y de los hermanos.

Los autógrafos que contiene la tercera parte son documentos de mano de Colón, que se conservan en el Ayuntamiento de Génova, y actas de sus colaterales y descendientes. Las páginas de guarda del libro reproducen los mapas españoles de la época, pocos años posteriores al descubrimiento.

Se han hecho tres ediciones simultáneas, una en italiano, otra en castellano y francés y otra en inglés y alemán. La edición española ha sido cuidada por Juan Ramón Masoliver, Giuseppe Cappelli y Luigi Ziliani. La soberbia labor llevada a cabo por el Instituto Italiano d'Arti Grafiche, de Bérgamo, bajo la dirección de Giovani Monleone, merece que se la mencione como justicia debida a su notabilidad. **Ad. S.**

Rula viva entre los olores de las criaturas que los capachos arrojan o contienen a mitad por el Oeste. Quizá las Indias, pródigas en especias, en raíces y cortezas medicinales, en riquezas de otra índole que constituían el gran comercio por Oriente.

Luego vino el genio político y combinatorio de Colón, que halló su medida al encontrarse con el que caracterizaba a los Monarcas de Aragón y Castilla. Después, unas islas; luego, inmensas tierras firmes; en seguida, un nuevo continente; dos; un mundo nuevo; la Historia Moderna surge del Atlántico.

El "Cristóforo Colombo" que edita la ciudad de Génova bajo la presidencia de su "podestà", el senador Eugenio Broccardi, con trece colaboradores, consiste en un hermoso infolio de 288 páginas e infinidad de fotografías de los textos [illegible] provienen de ventiséis archivos. Estas reproducciones, a su tamaño natural y fuera de texto, son preciosas y equivalen a tener a la vista los documentos originales. Se añaden dos vistas de Génova y de la villa de Savona, adonde la familia de Colón se trasladó algún tiempo después de nacer éste y sus hermanos, así como un retrato del almirante existente en la Galería Gioviana de Como, y que parece ser el que tiene más garantías de autenticidad.

Para comprender el valor documental de la obra se hace indispensable resumir su contenido, lo que hacemos de la siguiente manera abreviada: el senador Broccardi expone en un prólogo las razones que han motivado la obra, y que quedan expuestas, indicando el proceso de la confusión de los orígenes del almirante y de su familia, sin entrar en otro género de aspectos de la vida, cultura y descubrimientos de Colón. Es exclusivamente una obra donde se exponen, con una claridad que sólo podrán discutir los muy entendidos, los orígenes, época y sitio del nacimiento, profesión de sus familiares, hasta la ausencia de Colón y sus dos hermanos para asentarse en nuestra Península; testimonios de sus contemporáneos y testimonios del propio Colón afirmando su calidad de genovés.

La primera parte del libro contiene una copiosísima colección de los testimonios de escritores extranjeros (españoles en su gran mayoría), de italianos no ligures y de escritores ligures, a más de una correspondencia diplomática. La segunda parte comprende las actas notariales y otras atestaciones del Gobierno genovés, donde se muestra la genealogía, origen y año del nacimiento de Colón, cambio de residencia, regreso a Génova del padre y del hermano, actas probatorias de la identidad del Colombo genovés con el descubridor de América, principalmente por la identidad del padre y de los hermanos.

Los autógrafos que contiene la tercera parte son documentos de mano de Colón, que se conservan en el Ayuntamiento de Génova, y actas de sus colaterales y descendientes. Las páginas de guarda del libro reproducen los mapas españoles de la época, pocos años posteriores al descubrimiento.

Se han hecho tres ediciones simultáneas, una en italiano, otra en castellano y francés y otra en inglés y alemán. La edición española ha sido cuidada por Juan Ramón Masoliver, Giuseppe Cappelli y Luigi Ziliani. La soberbia labor llevada a cabo por el Instituto Italiano d'Arti Grafiche, de Bérgamo, bajo la dirección de Giovani Monleone, merece que se la mencione como justicia debida a su notabilidad. **Ad. S.**

Instituto de Estudios Giennenses — Legado de Miguel Hernández